

Salmo 118:19-29

19 ¡Abridme las puertas de la justicia; entraré por ellas, alabaré a Jah; 20 esta es la puerta de Jehová; por ella entrarán los justos! 21 Te alabaré porque me has oído y me fuiste por salvación. 22 La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo. 23 De parte de Jehová es esto y es cosa maravillosa a nuestros ojos. 24 Este es el día que hizo Jehová; ¡nos gozaremos y alegraremos en él! 25 Jehová, sálvanos ahora, te ruego; te ruego, Jehová, que nos hagas prosperar ahora. 26 ¡Bendito el que viene en el nombre de Jehová! Desde la casa de Jehová os bendecimos. 27 Jehová es Dios y nos ha dado luz; atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar. 28 Mi Dios eres tú y te alabaré; Dios mío, te exaltaré. 29 Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia.

Deuteronomio 32:36-39

36 "Sí, Jehová juzgará a su pueblo, y por amor de sus siervos se arrepentirá, cuando vea que la fuerza pereció, y que no queda ni siervo ni libre. 37 Entonces dirá: "¿Dónde están sus dioses, la roca en que se refugiaban, 38 que comían la grasa de sus sacrificios y bebían el vino de sus libaciones?" ¡Que se levanten y os ayuden! ¡Que vengan y os defiendan! 39 Ved ahora que yo, yo soy, y no hay dioses conmigo; yo hago morir y yo hago vivir, yo hiero y yo sano, y no hay quien se pueda librar de mis manos.

Filipenses 2:5-11

5 Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: 6 Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, 7 sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. 8 Mas aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. 9 Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, 10 para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; 11 y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Juan 12:12-26

12 El siguiente día, grandes multitudes que habían ido a la fiesta, al oír que Jesús llegaba a Jerusalén, 13 tomaron ramas de palmera y salieron a recibirlo, y clamaban: --¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel! 14 Halló Jesús un asnillo y montó sobre él, como está escrito: 15 "No temas, hija de Sión; tu Rey viene, montado sobre un pollino de asna". 16 Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio, pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que se las habían hecho. 17 Y daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y lo resucitó de los muertos. 18 Por lo cual también había salido la gente a recibirlo, porque había oído que él había hecho esta señal. 19 Pero los fariseos dijeron entre sí: --Ya veis que no conseguís nada. Mirad, el mundo se va tras él. 20 Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. 21 Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: --Señor, queremos ver a Jesús. 22 Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. 23 Jesús les respondió diciendo: --Ha llegado la hora para que el Hijo del hombre sea glorificado. 24 De cierto, de cierto os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto. 25 El que ama su vida, la perderá; y el que odia su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. 26 Si alguno me sirve, sígame; y donde yo esté, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará.

Introducción

En el evangelio de hoy, resuena la siguiente pregunta: ¿quién es Jesús? ¿Quién es Jesús para nosotros, para ti y para mí? No encontramos la pregunta en el texto, pero ciertamente el mismo sí presenta la respuesta, una respuesta que en todo tiempo debiéramos saber contestar y confesar.

1. La identidad de Jesús

El domingo de ramos, nos encontramos ya a pocos pasos de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, y se va perfilando cada vez con más claridad la identidad de Jesús. Dice el pasaje del evangelio, que la gente aclamaba: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” (v. 13b).

En primer lugar, podemos identificar la palabra hebrea “hosanna”, que significa “salva ahora”. Es una aclamación de júbilo y de alegría, como gritar “¡gol!” cuando nuestro equipo favorito de fútbol anota un tanto en el arco del rival.

“¡Bendito el que viene en el nombre del Señor”. En segundo lugar, esto significa que Jesucristo es el enviado del Padre a este mundo, para salvar a la humanidad perdida en el pecado. Una humanidad que sufre las consecuencias destructivas de la entrada del pecado en el mundo, que son la enfermedad, la guerra, la pobreza y la muerte. Este mundo, que fue creado tan bello por Dios, quedó afectado profundamente por la maldad del hombre. Cristo vino a salvarnos de todo pecado, de todo mal. Y puede hacerlo porque es Dios. Como Hijo, fue enviado por su Padre celestial, dejando a un lado la alta majestad que le correspondía. De esto habla san Pablo a los filipenses: “Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres” (Fil. 2:6-7).

Siendo Dios, Cristo se rebajó a sí mismo y se hizo servidor de los hombres. No tuvo en cuenta que era Dios, sino que dejando a un lado la majestad divina, tomó sobre sí un estado de humillación, para rescatar y salvar a la humanidad perdida, para que tú y yo tengamos perdón y vida eterna. Él descendió a la profundidad de nuestro abismo, para llevarnos con él a la gloria del cielo.

¿Y por qué hizo esto Jesús? Porque él quiso hacerlo. No le era necesario hacerlo, pues el hombre había pecado contra Dios. Pero quiso hacerlo en obediencia a su Padre celestial y por amor a nosotros. Nuestra desobediencia y rebeldía, nos llevaron por el camino de la oscuridad y de la muerte, y a quedar prisioneros de la culpa y del dolor. Cristo vino para liberarnos de todo esto. En Cristo, Dios se hace cercano, Dios se hace nuestro, asume la naturaleza humana y se convierte así uno de nosotros, y se torna accesible a nuestros sentidos mediante su Palabra y sacramentos. De esta manera, la gloria eterna del Dios inaccesible, se hacen visibles, palpables y accesibles en medio nuestro, así como Jesús se hizo accesible a la gente montando un burrito cuando entró en Jerusalén.

Y entró en Jerusalén para recibir por ti y por mí una cruz. En la cruz, Cristo recibe, padece y asume mi deuda y mi culpa a causa del pecado. Al ofrecerse a sí mismo como el Cordero de Dios inocente y sin mancha en la cruz, de esta manera Cristo obtiene para mí la liberación de la culpa y el perdón de mi pecado. Su sangre inocente vertida en la cruz, es más que suficiente para calmar la ira del Padre Dios por mi pecado. Por medio de Cristo, Dios queda en paz conmigo, y yo quedo en paz con Dios.

La gente clamaba a Jesús, “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!”. Por su obra en la cruz, podemos aprender de Cristo que él es un rey servidor. Y también nos enseña que Jesucristo, por su rescate por mí, ahora es mi rey, mi Señor. Me debo a él, pues él me consiguió una nueva vida, y consiguió para mí el ser hecho un hijo de Dios, no porque sea un descendiente de Abraham según la carne, pero sí mediante la fe.

2. Repercusiones de la identidad de Jesús

Al entrar Jesús en Jerusalén, podemos notar distintas reacciones entre la gente. Por un lado, son los judíos que habían presenciado el milagro de Jesús de resucitar a lázaro, los que dan testimonio a las demás personas reunidas en Jerusalén acerca de Cristo, y es por este motivo que todos salen a recibirlo. De otro lado, podemos ver a los líderes fariseos; ellos se abstienen de salir al encuentro de Jesús, pero seguramente observan de lejos los acontecimientos, y ven con desprecio y envidia cómo Cristo entra a la ciudad en calidad de mesías. Por el otro lado, tenemos a los apóstoles, quienes acompañan a Jesús, pero todavía sin entender qué es lo que pasa exactamente, es decir, sin darse cuenta que con la llegada triunfal de Jesús se están cumpliendo ciertas profecías del Antiguo Testamento. Y finalmente, tenemos a unas personas de origen griego que se acercan a Felipe, uno de los apóstoles, porque desean tratar personalmente con Jesús.

Frente a todo este panorama, Jesús conserva la calma. Y cuando después de la entrada a la ciudad, se le acercan Felipe y Andrés para contarle de estos hombres griegos, simplemente dice: “Ha llegado la hora para que el Hijo del hombre sea glorificado” (v. 23). En el evangelio de Juan, la glorificación de Jesús consiste en su entronización como rey. Pero lo sorprendente es que en este evangelio, la glorificación o exaltación de Jesús como rey, no es a partir de la resurrección, sino que comienza ya en la cruz.

La glorificación o entronización de Jesús como rey tiene lugar en la cruz, porque con su muerte, él obtiene la victoria sobre el pecado, el diablo y la muerte eterna. Por eso Cristo les dice: “Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto” (v. 24). Y si la máxima gloria de Jesús es la cruz, nosotros, como sus discípulos, también como máxima gloria tenemos seguirle a Jesús en un camino de cruz. Es decir, llevar una vida de renuncia de sí mismo, de arrepentimiento y de fe, que no se encuentre sujeta a las cosas terrenales sino que tan solo procure sujetarse a la Palabra de Dios. Por eso Cristo dice: “El que ama su vida, la perderá; y el que odia su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame” (v. 25-26a).

Mas, en nuestro morir de cada día a uno mismo, es preciso también recordar la resurrección de Jesús, de la cual procede nuestro vivir, ya que nos reafirma en la fe en su perdón, en el consuelo de su presencia en medio de las pruebas, en una palabra, de que él está vivo, y como como Cristo dice: “donde yo esté, allí también estará mi servidor” (v. 26).

Conclusión

Tengamos siempre esta actitud de pensar y ser como Jesús, es decir, de servir con obediencia a nuestro Padre celestial, en fidelidad a Él, y de pensar no solo en nosotros mismos, sino en humillarnos y servir al prójimo con humildad y paz de corazón. A su debido tiempo, Cristo vendrá otra vez, para que estemos para siempre con él, y como termina diciendo en el pasaje del evangelio: “Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará” (v. 26b). Amén.